

# Los requisitos del amor

Una filosofía de la intimidad

JOHN ARMSTRONG

Traducción de Iñigo García Ureta

Título original: *Conditions of Love. The Philosophy of Intimacy*

Este libro está destinado a ser leído únicamente por seres humanos.

Copyright: © John Armstrong, 2003

© de la traducción: Iñigo García Ureta, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: *Venus del espejo* (1647-1651), Diego Velázquez

Imagen de solapa: © Lu Prezia

ISBN: 979-13-991088-5-9

Depósito legal: B 22359-2025

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## LOS REQUISITOS DEL AMOR



**LA VISIÓN ROMÁNTICA**

¿Qué implica amar a otra persona? Esta es una de las preguntas más profundas y desconcertantes que podemos hacernos. El amor está en el epicentro de la autobiografía que todos escribimos para intentar comprender nuestra vida, pero cuanto más reflexionamos sobre el tema, más confuso nos parece. Y, aunque está estrechamente vinculado a nuestra visión de la felicidad, nada ni nadie nos hace más daño que la persona que amamos. Si todos deseamos el amor, ¿por qué es tan difícil encontrarlo, y aún más conservarlo? Es uno de los ideales más persistentes y valorados de la humanidad, pero nos cuesta precisar qué es y qué relación guarda —si es que guarda alguna relación— con la vida real.

Un instante decisivo en la historia del pensamiento sobre el amor tuvo lugar en 1774, año en que se publicó *Las penas del joven Werther*, la primera novela de Goethe, que de inmediato fue un éxito rotundo en toda Europa. Este breve libro presentaba una visión sencilla y seductora de la naturaleza del amor: lo pintaba como un sentimiento. Hoy esta sigue siendo, en sus elemen-

tos básicos, la visión dominante. La novela narra el desdichado amor de Werther por Lotte (apócope de Charlotte, o Carlota), pero lo que entusiasmó a los lectores no era la trama en sí, sino la crónica íntima del desarrollo de su pasión. Huelga decir que la experiencia del amor siempre ha sido un tema literario, pero esta era la primera obra cuya trama se centraba en el relato detallado y sistemático de lo que se siente al estar enamorado, tanto que su descripción del enamoramiento aún nos resulta reconocible al instante. Según Goethe, el amor es una secuencia de emociones especiales e intensas.

A Werther le obsesiona un anhelo concreto, el de estar en compañía de su amada:

«La veré hoy», exclamo con deleite al levantarme por la mañana y contemplar con alegría el brillante y hermoso sol. «La veré hoy», y entonces ya no tengo ningún deseo que formular; todo, todo está contenido en ese único pensamiento.

El contacto con ella le embelesa:

¡Cómo me late el corazón cuando por casualidad tropiezo con uno de sus dedos, o mis pies se encuentran con los suyos bajo la mesa! Me aparto como de un horno, pero una fuerza secreta me atrae de nuevo hacia ella. A veces, cuando hablamos, pone su mano sobre la mía y, en plena conversación, se acerca a mí y su aliento balsámico llega a mis labios; entonces siento como si me hubiera alcanzado un rayo y pudiera hundirme en la tierra.

A Werther le atormenta la duda: ¿le ama Lotte? ¿Es su amor correspondido? Nos describe un instante de extrema ansiedad cuando ella se despide, de él y de varios otros, después de una fiesta:

Observé a Lotte; sus ojos vagaban de uno a otro, pero no se posaron en mí, plantado allí, inmóvil, que no veía nada más que a ella. Su carruaje se alejó y los ojos se me anegaron de lágrimas. La seguí con la mirada; de repente vi su sombrero asomado a la ventana y cómo ella se volvió para mirar. ¿Era a mí a quien miraba? Tal vez se volvió para mirarme. Tal vez.

Werther no puede dejar de pensar en Lotte; todo lo demás se le antoja trivial. Solo tiene ojos para su amada y su amor, el origen de todo valor y belleza; sin él, su mundo es estéril: «¿Qué es el mundo para nuestros corazones sin amor? ¿Qué es una linterna mágica sin luz?».

Estos cuatro tipos de experiencia febril —el anhelo, el éxtasis, la duda y esa sensación de estar en contacto con el origen de todo valor— definen la visión romántica del amor. No pretendo sugerir que antes de 1774 la gente no sintiera tales pasiones; sin lugar a dudas, el éxito del libro se debe a que muchos lectores pudieron identificarse con su héroe. El asunto es que en aquella época la novela de Goethe puso el foco en la pasión romántica como una experiencia única y significativa. Goethe no inventó el amor romántico: simplemente nos ofreció una representación inolvidable y exacta de los impulsos del corazón.

Así las cosas, no es casualidad que el amor de Werther no sea correspondido. Cuando conoce a Lotte, ella está comprometida, prendada de un hombre admirable y atractivo. En la trama, este obstáculo para el progreso del amor resulta decisivo. Al final Werther se suicida: se ve incapaz de vivir sin Lotte y ella no está disponible. Sin embargo, dicha indisponibilidad desempeña también un papel más sutil. Werther no tiene ninguna posibilidad de materializar su amor. No puede casarse con Lotte, ni vivir con ella. Ni siquiera puede expresar su amor sin perturbarla o ponerla en un brete. Así, su pasión permanece intacta. Sus anhelos nunca se acaban saciando. Está desesperado por verla, pero le es imposible saber cómo sería tener que convivir con ella todos los días. Se excita cuando sus pies chocan accidentalmente, pero dicha excitación obedece en parte al hecho de que sus pies no deberían encontrarse bajo la mesa. ¿Sentiría el mismo fervor si pudiera tocarla a su antojo?

En la visión romántica, el amor no correspondido y frustrado desempeña un papel crucial, precisamente porque impide que la pasión se satisfaga, lo que la mantiene en su punto más álgido. No entendemos estos casos como fracasos amorosos, sino como los exponentes más perfectos del amor. Por eso la historia de Romeo y Julieta es el ejemplo por antonomasia del amor romántico. Sus muertes, tras una sola noche juntos, evitan que la pareja deba mantener viva la pasión que comparten. No llegarán a aburrirse ni a estancarse; no podrán descubrir hábitos irritantes ni características molestas en



el otro; no tendrán que afrontar diferencias de opinión o gustos.

La concepción romántica del amor distrae nuestra atención hacia los instantes iniciales de toda relación. Considera el flechazo como la esencia del amor. En este sentido, el amor implica una intensa preocupación por la persona amada y el afán de gozar de su presencia. Se caracteriza por una vívida convicción —la visión romántica— de que el otro posee la clave de nuestra felicidad. Cuando se enamoran, esas dos personas enseguida comparten un mismo sentimiento de intimidad y de improviso se derrumban las barreras que la cautela suele imponer. Se rompe el aislamiento y surge una gozosa cercanía. En cierto modo, este amor tiende a ser efímero. En su máximo esplendor, puede durar días, semanas o meses. Solo se prolonga más allá cuando la persona amada está ausente o resulta inaccesible. Mientras esto sucede, estamos «enamorados»: nos invade la pasión. Debido a que se trata de una experiencia deslumbrante, con sus correspondientes picos de deleite y desesperación, no sorprende que sea lo primero que nos viene a la mente cuando pensamos en el amor.

Gracias a la intensidad de sus sentimientos, Werther era una figura inusitada y turbadora para un lector del siglo XVIII. Pertenecía a una «aristocracia sentimental», separada del vulgo por la profundidad y la autoconciencia de sus pasiones. Destacaba por su acusado contraste con una cultura cortesana donde imperaban el artificio y el cálculo, así como por su rechazo del sentido común y la moderación, tan de clase media. Buena

prueba del éxito del Romanticismo es que esos sentimientos, que antes se consideraban patrimonio exclusivo de una élite espiritual, estén a la orden del día. Hoy, vemos en nuestra capacidad para experimentar la pasión romántica un denominador común de la subjetividad moderna, y es precisamente esta universalidad la que nos revela una característica especial de la visión romántica del amor. Para amar no necesitamos nada más que un corazón dispuesto, abierto al sentimiento. Y no hay nada que estemos más inclinados a reconocer en nosotros mismos que nuestra sensibilidad. Por tanto, en la medida en que nos consideramos capaces de sentir, nos consideramos capaces de amar. El amor, en otras palabras, solo tiene una condición: la pasión. Y dado que todos somos capaces de satisfacerla, podemos asegurar que la perspectiva romántica suscita una concepción completamente democrática del amor.

Queremos que el amor perdure. Pero esta visión romántica se centra únicamente en las primeras etapas del encuentro con otra persona. Distrae nuestra atención hacia el comienzo de las relaciones, pero no nos explica cómo continúan, una vez que ha pasado el deslumbramiento inicial. De hecho, el énfasis en la pasión romántica distorsiona nuestra visión de qué sucede con el correr del tiempo. Porque, desde esta perspectiva, se diría que el amor empieza a extinguirse en cuanto mengua la pasión, y que la última etapa de la relación no es más que un rescoldo del amor verdadero... o que si posteriormente surgen dificultades debemos intentar volver a la gloria de los primeros días para revivir ese

amor. Sin embargo, por muy atractiva que nos parezca esta idea, puede distraernos de algo más importante aún, la sospecha de que el amor duradero no se parece gran cosa al amor romántico. Aunque el enamoramiento es, sin duda, un aspecto importante del amor, enaltecer el inicio de una relación supone una injusticia para su porvenir, dado que proporciona un modelo engañoso para pensar en él. El amor se desarrolla y cambia con el tiempo, y, por tanto, toda descripción de lo que sucede en una etapa posterior puede diferir mucho del relato de sus inicios. Juzgar la totalidad de un proceso por la experiencia de su comienzo es señal de inmadurez. Nuestra comprensión colectiva del amor gravita hacia esos primeros momentos y, sin embargo, lo que casi todos buscamos es gozar de un amor continuo y duradero. El amor verdadero es aquel que perdura y resiste los embates que toda relación prolongada acarrea de forma inevitable. Las penas de amor no aparecen cuando se sufre un rechazo o cuando el destino trunca un idilio que apenas echaba a andar. Aunque parezca mentira, la visión romántica flaquea cuando la relación perdura. Esa es la prueba del algodón. Buscamos una concepción madura del amor, que nos muestre su poder para aguantar el paso del tiempo.



Cabría suponer que, para comprender el amor, para alcanzar una perspectiva madura sobre lo que es, deberíamos empezar por definir este concepto. Es decir, deberíamos intentar resumirlo con precisión y en una sola frase, del mismo modo que, si nos propusiéramos comprender el papel del arte en la vida, deberíamos empezar por definirlo. En realidad, ha habido muchos intentos de explicarlo, que abarcan desde la efusión lírica («el amor es el crecimiento de las alas del alma») hasta el cinismo («el amor es una ilusión»), pasando por la exaltación («el amor es la solución a los problemas más profundos de la existencia») o el descrédito («el amor es amistad más sexo»).

Por muy sutiles o sugerentes que se nos antojen, ninguna de estas afirmaciones resulta convincente como definición, pues toda buena definición expresa con exactitud en qué consiste el objeto en cuestión. Así, la definición científica del oro —expresada en términos de estructura atómica— nos revela su esencia. Nos aclara qué diferencia el oro de otros metales y revela por

qué posee ciertas propiedades, como las de ser maleable, pesado y amarillo debido a su estructura atómica. Este es el elemento oculto, la «X», que comparte todo lo que tiene oro. Una definición que capture dicho factor tendrá un gran poder aclaratorio.

Sin embargo, a la luz de este criterio, las diversas definiciones del amor parecen pinchar en hueso. Tanto es así que deberíamos preguntarnos por qué no hemos podido dar con una buena definición. ¿Será porque, como Dios, el amor es demasiado misterioso, demasiado sutil o inefable para ser interpretado con palabras? ¿Somos demasiado estúpidos para comprender su verdadera naturaleza, su esencia? Para desdicha de quienes se sienten atraídos por los misterios, existe una solución más sencilla; es decir, una explicación de por qué no hemos podido definir el amor. Esta explicación nos fue sugerida por Ludwig Wittgenstein. En sus *Investigaciones filosóficas*, el filósofo austriaco dirige nuestra atención a la forma en que usamos un amplio abanico de palabras cotidianas, tomando la voz «juego» como su ejemplo principal. Su tesis es que, en realidad, ni siquiera podemos brindar una definición satisfactoria de este simple vocablo. Si, por ejemplo, aventuramos que los juegos siempre tienen un carácter competitivo, como sucede en el ajedrez o el fútbol, alguien señalará que en los juegos sexuales o en los juegos de naipes individuales no hay ganadores ni perdedores. Si volvemos a la carga y sugerimos que los juegos siempre tienen reglas, se nos replicará que, en su fantasía, muchos juegos infantiles no siguen ninguna. Así pues, la pa-

labra «juego» no se puede definir adecuadamente; sin embargo, esto no se debe a que los juegos posean una cualidad mística o espiritual, ni tampoco a que su naturaleza esencial exceda nuestro poder de comprensión. En realidad, la explicación es la siguiente: tendemos a suponer que existe un factor común a todas las cosas reunidas bajo un mismo término, y suponemos también que el objetivo de su definición consiste en revelarlo. Cuando no conseguimos encontrar una definición, tendemos a pensar que el problema es que ese factor común se nos escapa: creemos que existe, pero que somos incapaces de precisarlo.

Wittgenstein se dedica a impugnar esta idea. Tal vez no siempre exista un factor «X» que englobe a todas las cosas que denominamos con un mismo nombre. A lo mejor la pluralidad de relaciones y apegos que dignificamos bajo ese paraguas que es el término «amor» no comparten una naturaleza común o única. Quizá el error esté en intentar definir esta naturaleza común.

Aun así, el hecho de que no podamos definir una palabra no significa que su uso sea aleatorio o caótico. Regresemos al modo en que usamos la palabra «juego». No llamamos juegos a las cosas por que compartan una sutil esencia lúdica, una especie de «ludicidad», por decirlo de algún modo. Sin embargo, los juegos sí presentan varios tipos de «parecido de familia», como lo expresó Wittgenstein. Por ejemplo, los niños se entretienen con juegos imaginarios por diversión. Y jugar por diversión es algo que dichos juegos tienen en común con deportes como el ajedrez o el fútbol. Por tanto,

parte del propósito de llamar «juegos» a estas actividades es enfatizar este componente lúdico. Sin embargo, si un ejército clasifica sus maniobras de prácticas como un juego, no es porque se estén divirtiendo, sino porque están librando una batalla imaginaria, en lugar de una real. Aquí existe una semejanza con respecto a ese «no ser algo real».

De este modo, aunque no confluyan en una única forma, podemos rastrear diversos patrones de semejanza entre lo que llamamos juegos. Y así es exactamente como se presentan las características físicas en las familias. Dos hijos pueden parecerse a la madre y, sin embargo, no parecerse entre sí porque han heredado diferentes rasgos físicos. Si la palabra «amor» funciona en paralelo a la palabra «juego», se entiende por qué no podemos definir el amor, por qué carece de una esencia definida. Por consiguiente, acabamos centrando toda explicación de si existe o no ese «factor “X”» en el funcionamiento del lenguaje y no en las supuestas cualidades sutiles e inefables del amor.

Consideremos por un segundo el amor al chocolate o a la libertad, el amor de Dios por su creación, la pasión romántica y el amor maternal. Veremos que parece admisible suponer que la palabra «amor» tiene un significado distinto cuando se usa para referirse a cualquiera de estas cosas, tan diferentes entre sí. El amor por el chocolate no parece compartir una esencia sutil con el amor maternal, y ninguno de los dos parece equiparable al amor romántico. En el caso del amor por el chocolate, «amor» funciona como una versión extre-



ma de lo que podríamos llamar «gusto», o «querencia». Y no es de extrañar, ya que a menudo nos gustan las personas que amamos. Sin embargo, hay casos importantes en los que la voz «amor» no alude al agrado o al gusto, sino a algo más, como por ejemplo la lealtad. Sería un error insistir en que debe haber un factor común oculto que enlace invariablemente «gusto» con «lealtad». Pero eso no quita que podamos usar una sola palabra, «amor», para aludir, ya a una cosa, ya a la otra.

Esta explicación del funcionamiento de la palabra «amor» nos es muy útil para comprender su historia o, más concretamente, el grupo de palabras cuyos múltiples significados han contribuido al uso del término en la actualidad. Por ejemplo, la voz inglesa moderna «love» ha heredado los significados de las palabras cuya traducción ha hecho posible. Cuando Ovidio y Horacio escriben sobre el amor, lo que tienen en mente es un afecto altamente sexualizado: no es solo lujuria, sino más bien una especie de lujuria romántica. Cuando la Biblia Vulgata habla de «*caritas*», se refiere a la buena voluntad desinteresada hacia otra persona. Sin embargo, en el inglés, mi lengua materna, ambos términos se traducen como «love». Esto no se debe a que hayamos descubierto algún inesperado factor común a «love» y a «caritas». Y aun así podemos usar un solo término para designar experiencias o actitudes varias.

El análisis del lenguaje tiene implicaciones para la investigación del amor. Al reflexionar sobre los juegos, hemos visto que hay varios temas, como el disfrute o la simulación, que intervienen en las diferentes conno-

taciones del término «juego». Lo mismo ocurre con el amor, que no posee una esencia que nos sea dado descubrir; engloba, más bien, un conjunto de temas que interactúan de forma diferente en cada instancia. Este libro defiende la tesis de que el amor es algo temático, de dos maneras distintas. En primer lugar, la labor de meditar sobre el amor se entiende como la tarea de deslindar los muchos temas y corrientes de pensamiento que se entretajan en torno a una misma palabra, ya sea «love» en inglés o «amor» en español. En segundo lugar, plantea la tesis de que el amor no es algo unívoco, sino una suma de inquietudes, dando lugar a una visión más amplia de algunas de las múltiples contrariedades del amor. Porque, en realidad, cuando intentamos amar no estamos intentando emprender un solo esfuerzo; más bien, estamos tratando de llevar a cabo una gama de cosas dispares y no siempre compatibles, y pretendemos hacerlo al mismo tiempo. Esto ayuda, por ejemplo, a enfocar nuestra visión de las limitaciones de la experiencia amorosa de Werther. No es que la concepción romántica del amor como una secuencia de emociones febriles sea en sí falsa. El problema, más bien, es que se concentra en un único aspecto —el sentimental, en este caso—, y al hacerlo ignora otras vertientes de la experiencia que son relevantes para una concepción adecuada del amor. Y es a estas otras vertientes a las que tenemos que prestar atención si queremos alcanzar una visión madura del amor.